

Capítulo 19 - El aprendiz de hechicero - La última Orellen

El aprendiz de hechicero

El mar se llevó a Lander y al tío Holv en un día despejado y soleado. Y no mucho después, en una tarde en la que los relámpagos atravesaban el cielo iluminando las aguas oscuras de abajo, traía al hechicero, tal como Nanu había prometido.

Corre el rumor por el pueblo.

Kalen había estado intentando meditar en el granero, con Sleepynerth cálidamente apoyado a su espalda. No había tenido mucho tiempo para practicar en las últimas dos semanas, pero al menos su magia interna ya no se escapaba por todas partes. Se sentía firme por dentro.

Extrañaba su roca, pero Nanu decía que si lograba convencer al hechicero de que perdiera interés en él rápidamente, quizás pudiera volver allí antes de que la última magia del desgarró abandonara la isla.

Se estiró y miró afuera del granero. La lluvia era más una llovizna que un diluvio por el momento. ¿Y ese era Clem, verdad? Iba en dirección al mar.

Unos minutos después, Kalen corría tras Clem y los otros niños del pueblo, ansioso y nervioso por ver que se acercaba una pequeña embarcación de pesca a la orilla.

No era mucho de un barco de mar, así que debía venir de Baitown. Y todos los niños sabían que llevaba al hechicero porque brillaba con un blanquecino tenue contra la oscuridad caótica de la tormenta. Todos señalaban y exclamaban, y conforme se acercaba cada vez más, era posible ver cómo la embarcación cortaba las olas con una facilidad poco natural.

Ogro se emocionó muchísimo. “¿Podrías hacer eso, Kalen?” preguntó, señalando con sus brazos robustos con entusiasmo el barco.

“¡Oh, sería fantástico! ¿Podrías tú?” preguntó una joven llamada Roa, con ojos azul brillante.

Ahora, el mar se aplanaba frente a la proa del barco como si fuera una tela estirada. Todos miraban a Kalen con expectación. Él negó con la cabeza. “Nunca en la vida. No sabría por dónde empezar. Además, ese tipo de magia no es un trabajo encantado.”

Se había cuidado de resaltar que su sueño era ser encantador cada vez que surgía el tema entre sus pares en los últimos tiempos. En verdad, si Kalen tuviera un sueño respecto a su magia, sería

descubrir en qué es verdaderamente talentoso y estudiarlo con pasión.

Pero esto era una pequeña mentira que alimentaba la más grande que había estado creando con Nanu en las últimas semanas.

No era mucho más que eso. La historia ni siquiera era tan complicada como la de Davvy, el grumete. Solo tenía que reducir "las cosas que te interesan y las cosas que te tienen curiosidad" como decía Nanu.

En la historia, Kalen ya no se relacionaba con todo tipo de magia. Solo le interesaba la encantación. Quería ganar dinero con ella algún día y ser rico y famoso en todo el mundo. También sabía un poco de las artes de fuego, pero solo porque Nanu era su maestro. Era inteligente y aprendía a leer rápidamente, pero había estado atado a su educación mágica hasta que llegó esa aurora.

No tenía suficientes libros para avanzar. Los botones encantados que había enviado con su primo eran su mayor orgullo, la suma de todo su trabajo hasta ahora.

"No entiendo," dijo Kalen cuando Nanu le contó esa historia. "Si no quiero llamar la atención del hechicero, ¿por qué decir que espero ser rico y famoso? O que soy inteligente. ¿No deberíamos decir que quiero ser algo común, y que tengo el nivel normal de inteligencia, y que mis botones fueron hechos casi por accidente... que así fue?"

—No deberíamos hacer tal cosa— dijo Nanu—. Porque nada suena más sospechoso que insistir en que eres ordinario. La mayoría de las personas se ven como diamantes pulidos en su propia opinión, y pocas cualidades son menos interesantes que la arrogancia sin méritos. Un joven hechicero con grandes sueños y poco talento para respaldarlos—eso es lo que deberías ser. Y nadie en el pueblo sabe lo suficiente sobre los wizards como para decir que eres algo más que eso.

Kalen había temido que alguien en el pueblo mencionara su uso de conjuros al hechicero. No los practicaba en público con frecuencia, pero en algunas ocasiones sí. Nanu le aseguró que recitar un poema feo para enfriar una copa de agua en un día caluroso era mucho menos memorable de lo que él imaginaba, y que nadie tendría ganas de mencionarlo en conversaciones cotidianas con el hechicero.

Kalen no sabía por qué, pero se sintió herido por esa valoración.

En cuanto al resto... bueno, ahora entendía a qué se refería Nanu, una vez que se lo explicaron. Sería sencillo fingir, aunque ya resentía tener que hacerlo. Y tener que abandonar su valioso tiempo de práctica dolía lo peor de todo.

Los demás chicos y chicas a su alrededor gritaron y vitorearon mientras la barca mágica se dirigía directamente a la playa del pueblo en lugar de fondear o girar hacia la cala donde amarraban los barcos más grandes.

La nave encantada era capaz de realizar maniobras realmente imposibles. Sin hacer caso de las olas embravecidas, navegó hasta la orilla, e incluso no encalló cuando debió estar flotando en apenas unos centímetros de agua.

Todos los niños corrieron a recibirla. Kalen siguió a los más atléticos, llegando a la playa unos minutos después que el grupo principal. Tropezó bajando por un camino empinado con los niños más pequeños, entre ellos una Roa que sollozaba, quien se había raspado las manos y las rodillas al caerse en la carrera.

Un relámpago iluminó el cielo, y Kalen saltó, mirando hacia las nubes. La lluvia pronto volvería a caer con fuerza. Todos estarían empapados en breve.

—¡El clima en Hemarland siempre es tan encantador!— dijo una voz elevada y amable. —La última vez que estuve aquí, hubo una tormenta de nieve durante tres semanas seguidas.

Kalen se detuvo en seco, fijando la mirada en la mujer que había hablado. Ella acababa de bajar del barco en la orilla. Su largo cabello castaño, suelto y sin trenza ni cinta, ondeaba en el viento alrededor de su rostro. Medía aproximadamente lo mismo que Kalen, aunque su porte la hacía parecer más alta, y sus rasgos no eran particularmente hermosos, sino que estaban presentados con una impecabilidad sorprendente.

Sus ropas eran prendas extranjeras para Hemarland, pero, por lo poco que Kalen conocía, estaban diseñadas para ser largas y algo sin forma. Ella las llevaba estratégicamente dobladas y plisadas, al punto que la tía Jayne quizás las desgarraría para sacar el patrón. La tela exterior era de un suave naranja atardecer, con una prenda interior de hilo bordado en amarillo pálido. Además, llevaba zapatillas a juego, que seguramente estaban siendo dañadas por las sales del mar en ese mismo instante.

Ella sonreía a los niños, a la isla y a las olas agitadas con una sinceridad desconcertante. Y, al alzar la vista hacia la aurora, que era apenas una mancha de luz tras las densas nubes, su sonrisa se ensanchó hasta mostrar una expresión radiante.

—Increíble— susurró con una voz llena de pasión.

Era la hechicera superior Arlade Glimont.

No era para nada lo que Kalen había imaginado. La versión de su pesadilla era con garras y colmillos, malvada y retorcida. La más razonable, aquella que se hacía en su mente cuando intentaba ser sensato, parecía anciana.

Nanu afirmó que había estado visitando Hemarland durante cincuenta años. Kalen había pensado que tendría el cabello blanco y arrugas.

En cambio, Arlade Glimont parecía tener aproximadamente la misma edad que su madre. Incluso las arrugas en las esquinas de sus ojos y las hebras plateadas mezcladas entre las cálidas marrones parecían más una muestra de arte que signos de vejez.

Kalen también había supuesto, por la manera seria en que la gente hablaba de ella y por haber alcanzado el casi inimaginable rango de hechicera, que aquella mujer sería grave y arrogante. Pero justo había visto las rodillas ensangrentadas de Roa y ahora la veía consolar a la niña y ofrecerle un pequeño frasco de alguna especie de ungüento medicinal.

Mientras los otros niños empujaban, cuchicheaban y se ofrecían a acompañar a “Arlade Wizarn” de regreso al pueblo, Kalen se quedó observándola, mudo y con la boca abierta como un pez. Solo el fuerte chapoteo de un salto y un grito enfurecido lograron sacarlo de su aturdimiento.

Una niña acababa de salir del bote. Pero en lugar de bajar con gracia a la orilla como Arlade, había caído de lado. Tosía y escupía mientras se lanzaba desesperadamente sobre las manos y las rodillas en la playa pedregosa, cargada por un deoso y grande abrigo de lana.

Si hubiera caído en aguas más profundas, Kalen sospechaba que simplemente se habría hundido hasta el fondo.

Finalmente, la niña se levantó, empapada. Con una expresión furiosa en su rostro, comenzó a pelear con su prenda mojada, murmurando en un acento desconocido. La hechicera la ignoró por completo, pero los demás niños en la playa quedaron en silencio al verla.

“¿También será una Wizarn?”, susurró alguien a Kalen.

Como si pudiera distinguirlo a simple vista.

La niña tenía piel morena, ojos gris oscuro bajo cejas gruesas y cabello negro recto cortado justo por debajo de la barbilla. Era pequeña, con rasgos delicados, salvo por su nariz. Como experta en tales asuntos, Kalen podía decir con certeza que su rostro rozaba peligrosamente lo porcino.

Su aparición inesperada y los sonidos enojados que hacía hicieron que los otros niños se apartaran de ella. Así que Kalen tomó la iniciativa y se acercó para ayudarla a salir de su ropa empapada.

“Gracias”, dijo con voz moderadamente cortés, aunque temblaba y miraba a su alrededor con una expresión que parecía desear nada más que prender fuego a toda la isla. “¿Siempre hace tanto frío?”

Sus consonantes eran sorprendentemente suaves y sus vocales, inusualmente largas. Kalen no conocía lo suficiente del mundo para ubicar su acento en un mapa. La hechicera también tenía acento, pero no era tan distinto al de Hemarland como para ser notable.

“Hoy está cálido”, dijo Kalen, confundido por la pregunta. “Incluso con las tormentas.”

Su rostro se volvió aún más sombrío. “Encantador.”

Un rayo cayó en el mar a unos pocos kilómetros, iluminando a la niña empapada y proyectando su silueta contra la luz cegadora, de modo que por un momento pareció solo una mancha oscura en medio del resplandor. La vista le produjo a Kalen una extraña sensación de nerviosismo.

“Me llamo Kalen.” Habló más para cubrir su confusión que por deseo de presentarse a aquella persona.

“Soy Zevnie. Aprendiz del maestro Arlade.”

El trueno retumbó sobre el agua, compitiendo con el estruendo de las olas. Kalen se estremeció y trató de no interpretarlo como un mal presagio.

Arlade y Zevnie permanecerían en la cabaña larga con la familia de Kalen.

Las razones eran evidentes para todos en el pueblo. Y fue solo cuando diversos adultos y niños ayudaban a arrastrar cajas resbaladizas y bolsas mojadas a través del umbral, que todos se dieron cuenta de que la propia hechicera nunca había sido informada de que su alojamiento ya había sido preparado.

"¿Nos quedaremos en esta casa, entonces?" preguntó ella, inclinándose hacia adelante para ayudar a Kalen a levantar una pequeña caja llena de algo que sonaba a metálico y tintineaba de manera extraña.

Había llovido durante todo el camino hasta aquí. Todos estaban mojados, excepto la hechicera en sí. Por lo que Kalen podía entender, la mujer simplemente repelía el agua, como si estuviera cubierta de una capa invisible de cera de la cabeza a los pies.

Hasta ahora, Kalen había logrado evitar la conversación con Arlade. Ahora, parpadeó confuso y un poco desconcertado. "Eh... sí, señora. ¿Eso está bien?"

"Bueno, realmente necesito un poco de espacio en el interior para mis experimentos, así que mientras tenga eso, puedo estar en cualquier lugar. Pero normalmente, hay mucho ir y venir cuando llego a un lugar sin posada. ¿¿Quién se queda con la hechicera honorífica, sabes?! Aunque, en años pasados, era más común que la conversación girara en torno a quién debía cuidarme a mí."

Ella rió suavemente, como si ser recibida o no en un lugar fuera de poca importancia para ella.

"Tenemos espacio adicional aquí," dijo Kalen. "Porque es una de las cabañas más grandes, y nuestra familia no es la más numerosa."

"¡Oh! ¡Así que vives aquí! Seremos compañeros de casa." Ella le sonrió radiante, y luego susurró en conspiración. "Siempre llevo unos cuantos regalos extras para mis compañeros, así que estás de suerte, joven."

Kalen se conformó en dejar la conversación allí por ahora. Seguía desconcertado por la presencia y actitud de Arlade, y estaba aún más preocupado por la existencia de Zevnie. Había ideado una forma de fingir frente a una hechicera adulta que en realidad no le prestaba mucha atención. Zevnie parecía tener su misma edad, o quizás un poco menor. Eso complicaba las cosas. Necesitaba tiempo para pensar.

Pero no fue posible.

Una lluvia de voces se unió, confirmando que esta cabaña era la que más espacio tenía. Explicaron que la familia de Kalen gozaba de buena posición en el pueblo, y que dos de sus miembros estaban

de viaje en el continente.

Luego, alguien mencionó la necesidad de Shelba de tener un niño. Y otra persona intervino intentando explicar acerca de los cerdos especiales del continente. Y un tercero, por razones que escapaban a su comprensión, recordó la astucia de la costurera tía Jayne.

Arlade, que hasta entonces parecía impasible, de repente lució algo abrumada.

Kalen colocó la misteriosa caja con tintineo junto a otra que llevaba la etiqueta REACTIVOS. Estaba a punto de apartar a la hechicera del vecindario más bullicioso, cuando un hombre de barba amarilla, de tamaño similar a un granero, opinó: "¡Y solo es justo que los magos permanezcan juntos! ¿Dónde más podrían quedarse?"

Todos asentían en acuerdo.

La sonrisa de Arlade fue más fingida que genuina esta vez. "Sí, claro," dijo ella. "Zevnie se quedará cerca de mí la mayor parte del tiempo que estemos aquí. Ninguno de nosotras será un estorbo para su rutina diaria."

Kalen comprendió al instante que ella había malinterpretado la situación. Pensaba que Verit insinuaba que ella y Zevnie estaban siendo alojadas aquí juntas para mantenerlas alejadas del resto del pueblo. Y, dado ese supuesto, ella estaba siendo mucho más amable de lo que él habría anticipado.

Si esa mujer podía aplanar un océano tempestuoso, no tendría ningún problema en hacer lo mismo con Zevnie.

A Kalen le caía bien el hombre, aunque era tan sutil como un golpe en la nariz con la bota. Esperó unos momentos incómodos, esperando que uno de los adultos en la habitación notara el malentendido. Pero uno o dos lo miraron, como si fuera problema suyo.

Muy bien.

"Él se refiere a mí." Kalen trató de no sonar nervioso. "Yo también soy... un wizarn. Así que mi familia pensó que sería bueno que te conociera."

Casi dijo practicante. Era cómo pensaba de sí mismo. Pero de repente se sintió autoconciente al usar el nombre más oficial cuando estaba frente a alguien que había alcanzado tales alturas elevadas.

El mago lo miró con sorpresa. "¿Tú...?"

Varios vecinos intervinieron de inmediato para decirle a Arlade qué joven y notable wizarn era Kalen. Intentó no fruncir el ceño ante ellos. Ninguno de ellos conocía a un wizarn de calidad de uno que no lo era, y al menos un par pensaba que Kalen era un problemático.

La situación ya estaba en marcha. Tenía que seguir adelante. Sintiendo tan ridículo como nunca en su vida, infló el pecho como un niño de ocho años que acababa de ganar su primer combate de lucha libre, y dijo, "¡Soy un encantador. ¡El único en todo el pueblo!"

Este anuncio de orgullo excesivo tuvo efectos dramáticos y opuestos en el mago y su aprendiz.

Los ojos de Arlade se abrieron de par en par y su sonrisa se volvió casi febril. "¿Un practicante nacido en Hemarland? ¿De verdad?" Ella tomó los hombros de Kalen y lo giró rápidamente, mirando en una manera desconcertante. "¡Qué maravilla! Zev, cariño. ¡Zev! ¡Trae mis instrumentos! ¡Tenemos que examinarlo de inmediato!"

Y al decirlo, levantó rápidamente su camisa delante de todos los presentes y empezó a golpear sus costillas, como si fuera un melón que estaba revisando por madurez.

Demasiado asombrado para hacer más que soltar un grito de alarma, Kalen fue girado de nuevo, y casi se encontró cara a cara con Zev, su querida.

La chica empapada y despeinada no había traído ningún instrumento. Gracias a todos los dioses. Pero sus ojos se habían estrechado en rendijas y respiraba tan fuerte por la nariz que parecía un toro gruñendo. La expresión en su rostro era todo menos adorable.

"¿Cuál es tu rango?" exigió. "¿Quién es tu maestro? ¿Realmente sabes hacer magia o solo eres un pequeño muchacho del pueblo que le gusta alardear?"

Era la oportunidad perfecta para actuar como un pequeño muchacho del pueblo que le gusta presumir. Después de todo, esa era exactamente la especie de personaje que Kalen intentaba imitar. Pero Zevnie estaba tan cerca de él que podía sentir el aliento y la humedad que salía de su boca al hablar, y si Kalen tenía una molestia, era que el sudor corporal de los demás le desagradaba tocarlo.

En respuesta al trato malintencionado, invocó un viejo y vergonzoso hábito. Uno que pensaba que había eliminado de sí mismo hace años. Dejó que su labio inferior temblara y que su voz vacilara, y dijo, "¿Por qué eres tan mala conmigo?"

Lo hizo casi por reflejo. Por eso, se sorprendió cuando no solo funcionó, sino que funcionó muy bien.

Zevnie retrocedió como si la hubieran golpeado con un puñetazo. Empezó a hacer un sonido agudo de protesta. "¡Yo no! ¡No quise... ¡Yo..."

Las manos que habían estado palpando con entusiasmo a Kalen se detuvieron de repente, y Arlade Glimont dijo con una voz profundamente decepcionada, "¡Zevnie! Pídele perdón. Somos visitantes en este lugar, y esa conducta no es apropiada para una muchacha de tu edad. No importa tu posición."

Algunos de los adultos más crédulos miraban a Kalen con piedad. La mayoría, incluyendo a todos sus primos y los niños, le lanzaban una mirada que decía: ¿De verdad, hijo del demonio? Será

mejor que no vuelvas a comportarte así.

Hubo un tiempo en que Kalen resolvía la mayoría de sus problemas de esa manera. Y, gracias a la ternura de su madre, también había sido efectivo. Cuando era más joven, una voz temblorosa y lágrimas fingidas eran suficientes para que la ira de Shelba cayera sobre varias prostitutas desafortunadas. Claramente, sus vecinos del pueblo no lo habían olvidado.

Kalen no se echó atrás, pero pudo sentir cómo se sonrojaba mientras Zevnie murmuraba sus excusas y salía corriendo de la cabaña para buscar más equipaje.

Nanu vino esa noche a cenar, con una expresión de paciencia eterna en el rostro, mientras el Hechicero Arlade la saludaba con un alegre grito. “¡Dulce Nanu! ¿Cómo estás, querida?”

“Vieja,” dijo Nanu, sacudiendo las gotas de lluvia de un manto engrasado y caminando con paso firme hacia la hoguera para envolver su espalda en calor. “Y no muy dulce. Veo que ya conoces a mi alumno.”

“Ahora Kalen y yo somos grandes amigos,” dijo Arlade, moviendo los dedos en un patrón complicado para secar las huellas mojadas que había dejado Nanu. (Kalen intentó memorizarlo, pero la tarea terminó mucho más rápido de lo que esperaba.) “Me ha estado mostrando sus botones. Es muy trabajador.”

Para su crédito, la hechicera dijo esto como si contemplar los botones no fuera una tarea penosa. Con los botones originales en camino hacia el continente, Kalen había encantado botones adicionales durante la semana pasada, por si quería presumir con ellos. Decidido a compensar su inicio torpe, interpretó su papel a la perfección durante toda la tarde.

Había seguido con insistencia a Arlade Glimont, resaltando con entusiasmo su inteligente uso de runas y cómo había mejorado mucho en su técnica de pintura con aguja, como si estuviera desesperado por captar su atención. También la había llenado de preguntas sobre magia, todas ellas aprobadas por Nanu días atrás, para que no pareciera que sabía demasiado.

“No sé demasiado,” había dicho Kalen con un suspiro. “Nanu, la razón por la que sigo aquí en lugar de irme con el tío Holv y Lander es para aprender algo del hechicero.”

“Lo que puedas aprender en los momentos libres,” dijo Nanu. “Observando con atención o por casualidad. No pongas a prueba tu suerte preguntando sobre cantrips defectuosos o... magia de viento enredada o... ese tu moneda...”

“O cualquiera de las cosas sobre las que suelo preguntarte,” dijo Kalen con sequedad. “Pero, ¿cómo se supone que obtenga respuestas a esas preguntas?”

“Tendrás que tener suerte, niño,” respondió ella. “Lo último que deseas en compañía de esa mujer es ser único.”

Kalen no lo había entendido del todo en ese momento, pero ahora sí.

Arlade era una investigadora de magia de algún tipo. No sabía exactamente en qué investigaba porque, cuando le preguntó, ella respondió con toda seriedad: “Todo,” de manera tan rotunda que quedó sin saber qué pensar.

Pero dejó de intentar pincharlo con objetos metálicos afilados casi tan pronto como descubrió que él no había nacido en la isla.

Parecía interesada en todo tipo de curiosidades mágicas, incluidas aquellas practicadas en lugares como Hemarland, donde la magia era prácticamente inexistente durante buena parte del año. Aparentemente, los niños náufragos que llevaban acento continental cuando los hallaban resultaban menos atractivos.

La hechicera anduvo pinchando por ahí con otros objetos también. Antes siquiera de desempacar su equipaje, permaneció vagando, murmurando hechizos, incrustando herramientas en raíces de árboles, parches de barro y hasta en un cerdo desafortunado.

Kalen sospechaba que Arlade estaba a punto de clavarle alguna aguja vibrante en la lengua o en la oreja, cuando la anciana la esquivó y se acercó a Kalen. “Espero que no hayas estado molestando demasiado al Hechicero Arlade,” le dijo con una sonrisa sagaz. “Ella es una mujer ocupada y no necesita que le persigas haciendo preguntas básicas sobre encantamientos.”

“¡Mis preguntas no son básicas! ¡Todas son cosas que no encontré en mis libros!”

He había cumplido con su papel, insinuando que podía ser sobornado con libros si el hechicero deseaba que la dejara en paz durante su estancia. Kalen trató de no sonreír demasiado ampliamente a Nanu.

—Todo está bien, todo está bien —dijo agradablemente Arlade—. Me alegro de que haya otra joven practicante aquí. Le dará a Zevnie algo que hacer cuando no me esté ayudando. Y ella puede responder la mayoría de tus preguntas, Kalen. Está realmente bien entrenada. Su familia es la única familia de practicantes en Makeeran, pero tienen una educación básica excepcional. Es realmente impresionante.

Kalen miró al otro lado de la habitación, donde Zevnie ayudaba a la tía Jayne a preparar la mesa para la cena.

¿Makeeran? Kalen solo la conocía por el mapa de Megimon Orellen, que había estudiado muchas veces a lo largo de los años. Era una isla al otro lado del mundo. Justo tan lejos como uno podía estar de Hemarland.

La idea de preguntar a Zevnie no le resultaba tentadora. Ella no se había acercado a Kalen desde el incidente anterior, pero aunque le parecía una cosa relativamente menor de la cual estar molesto, las miradas que le había estado lanzando durante todo el día habrían convertido leche en queso.

Durante la cena, en un intento por compensar, Kalen le ofreció a la aprendiz la última porción de tarta de frutas. Sabía que ella la quería porque la había estado mirando con esperanza desde el

otro lado de la mesa, pero en cuanto Kalen sugirió que se la tomara, empezó a mirarla con desdén, como si estuviera envenenada.

Molesto, Kalen ni siquiera notó cuando su propio padre también tomó la tarta y se la comió, mientras le lanzaba miradas a Zevnie.

Decidió no prestarle demasiada atención a ella. En cuanto convenciera a Arlade de que le diera algún libro, se lo llevaría y desaparecería. Se escondería en casa de Nanu tanto como pudiera, leyendo.

Un par de horas después, Kalen se desplomó sobre su colchón. Estaba más agotado de lo que había esperado. ¿Quién hubiera pensado que molestar a alguien a propósito sería tan cansado?

Esperaba que Arlade pudiera conseguir que su madre y su padre tuviesen un bebé. Él y los primos habían sido excluidos de esa conversación, aunque le hubiera gustado escuchar sobre la magia curativa.

De cualquier manera, el hechicero parecía bastante amigable, y claramente prefería no hacer demasiados olagüeñas con los aldeanos. Kalen había visto montones de libros entre su equipaje. Seguramente no sería difícil arrebatarse alguno.

O dos. O siete.

Si lograba conseguir siete, podría mudarse con Nanu y leer durante semanas si fuera necesario. Nunca tendría que volver a ver a Zevnie.

Con este pensamiento alegre, casi se quedó dormido. Entonces, escuchó un golpe suave pero insistente en su puerta.

—Soy yo —dijo la última persona con la que Kalen quería hablar en medio de la noche.

Durante unos segundos, estuvo molesto. Luego, entró en pánico. Se levantó de un salto y se dirigió hastily a la pequeña estantería que su padre le había construido el año pasado. Comenzó a retirar apresuradamente cosas y a lanzarlas hacia su colchón, sin preocuparse por el ruido que hacía.

¿Qué estará haciendo ella aquí?

Con desesperación, empujó los libros bajo sus mantas, deseando tener sus pieles de invierno para esconder los bultos. No tenía tantas cosas sospechosas en su habitación, pero no era como si la hubiera preparado para sus visitantes tampoco. La hechicera y su aprendiz estaban destinadas a dormir en la habitación que su tía y su tío solían usar, ¡porque era la más elegante de la casa!

Afortunadamente, Zevnie al menos mostraba paciencia en este asunto. Ella simplemente siguió golpeando silenciosamente hasta que— sudando y respirando con dificultad—Kalen por fin salió y abrió la puerta.

—¿Estabas practicando algún tipo de meditación activa? —preguntó ella, empujándolo con fuerza antes de que pudiera responder o protestar. Arrastraba un colchón grande con una sola mano y lo apartó del camino mientras lo colocaba en la habitación.

—No puedes dormir aquí —dijo, completamente asombrado.

—Estaré bien. Estoy acostumbrada a compartir una habitación con otras personas. Y esta habitación es enorme. ¿Por qué tienes tanto espacio cuando tus primos están apilados unos sobre otros?

—Porque esta es la mitad de la cabaña de mis padres, y es mala suerte que los demás se muden conmigo hasta que mi madre tenga más hijos. Si no quieres compartir habitación con tu amo, ¡puedes dormir abajo, junto a la chimenea! Es cálido y acogedor. Sé que tienes frío.

La chica había protestado varias veces por el clima desde que llegó. Kalen deseaba que hubiera llegado en invierno, solo para verla congelarse en el acto.

—También aquí estará caliente y cómodo —dijo ella, mirando hacia el suelo donde la circunferencia de calor de Kalen estaba dibujada con pintura mágica.

Al menos, no era algo sospechoso que tuviera, ya que Nanu era su maestro.

Zevnie volteó su colchón con facilidad, colocándolo contra la pared bajo la ventana. Luego regresó a la circunferencia, paseándose a su alrededor, tocando de vez en cuando uno de los runas curiosamente con los dedos desnudos. Llevaba un conjunto de pulseras doradas en uno de sus tobillos, y las charms tintineaban suavemente al caminar.

—Esta es la circunferencia de calefacción más antigua que he visto fuera de un libro —anunció, apartándose un mechón de cabello negro de los ojos. —¿Este es el punto de entrada, verdad?

Se movió hacia un lugar específico, y Kalen asintió. Estaba a punto de decirle, con firmeza y claridad, que se fuera. Que le importaba un comino.

Pero en ese momento ella extendió su pie, con una expresión de concentración en su rostro. Lo bajó con firmeza contra la runa adecuada, y en menos tiempo del que Kalen tomó para tomar aire, la circunferencia empezó a brillar débilmente y a emitir calor.

Era menos cálida de lo que habría sido si la hubiera activado él mismo. Pero...

—¿C-cómo hiciste eso? —preguntó ella, frunciendo el ceño.

—¿Qué quieres decir? Es tu diseño. Solo le di el poder —respondió ella.

—No —dijo Kalen, con asombro pese a sí mismo—. Quiero decir... ¿cómo lo hiciste tan rápido? ¿Es el fuego tu afinidad natural?

—Hmmm —murmuró ella, volviendo hacia el colchón y arrodillándose para acomodar sus mantas—. No, por supuesto que no. Fue rápido, pero solo fue una runa de entrada. Difícilmente es lo mismo que alinear un patrón completo de hechizo, ¿verdad?

Miró por encima del hombro, con una expresión algo ofendida. —Sé que comenzamos con mal pie, pero espero que no pienses que soy demasiado inexperta para realizar algo tan básico —dijo.

Esta es mi habitación. Sal de aquí. Ve a dormir al establo con los cerdos.

Pero Kalen estaba demasiado avergonzado para decirlo ahora.

La circunferencia de calefacción era probablemente el hechizo que más había utilizado en su vida. Y todavía le llevaba un minuto activarla. Pensaba que eso era muy rápido.

Sintiendo incomodidad, se acomodó silenciosamente en su propia cama, intentando ignorar las agudas esquinas de todos los libros que yacían apilados sobre él.

¿Es esta la diferencia?, se preguntó mientras observaba cómo Zevnie se hacía a sí misma en el hogar. ¿Entre tener entrenamiento y no?

Kalen esperaba que sí. Porque lo contrario sería peor.

Si Zevnie había aprendido algún truco especial de su maestro, eso sería una cosa. Kalen podría aprenderlo eventualmente, también. Solo era cuestión de tiempo. Pero si era otra cosa... ¿Y si la magia entrelazada y extraña de Kalen era más problemática de lo que había pensado?

“Soy una ánfora.”

Zevnie se había instalado en su cama como si perteneciera allí, en lugar de parecer una intrusa terrible. Y ahora miraba a través del círculo de calor resplandeciente a Kalen y pronunciaba palabras extrañas.

“¿Un qué?” preguntó, cuando no se explicó más.

“No soy una practicante de fuego. Soy una ánfora.”

“Ah. Claro. Una ánfora.” Intentó pronunciar la palabra como ella, con un suave y líquido sonido de ‘r’ y una ‘m’ que casi desaparecía en los labios.

“No sabes qué es.”

Lo sé. Obviamente.”

“¿Entonces qué es?”

“Estoy cansado,” dijo Kalen. “Y tú estás en mi habitación. Así que deberíamos descansar ahora.”

“Eres un niño muy inmaduro. ¿Qué edad tienes? ¿Ocho años?”

“Tengo diez y medio.”

“No te creo.”

“¿Qué edad tienes tú?” Eran del mismo tamaño, así que ella no podía ser mayor. Kalen esperaba que ella tuviera un año menos para poder presumir un poco de su edad.

“Tengo catorce años.”

“Mentiroso.”

“Bueno,” concedió ella, “cumpliré catorce en un par de semanas. Creo. El maestro y yo hemos estado viajando tanto que no he llevado bien la cuenta.”

“Eres baja,” dijo Kalen, tratando de que sonara como un insulto devastador.

“Tú también,” respondió ella con suavidad. “Tengo una hermana de tu edad. No la he visto en más de un año, pero estoy segura de que era más grande que tú cuando la dejé. Y, para tu información, una ánfora es una practicante especializada en absorber y mantener reservas internas de magia inusualmente grandes. Sé que no sabes qué es una porque no hay más que en mi familia. Ahora, a dormir. Estoy segura de que ya es hora de que te acuestes.”

Kalen casi se atraganta por su propia irritación.

Zevnie

Esa noche, después de que el niño finalmente se quedó dormido, los ojos de Zevnie se abrieron de repente.

Molesta, pensó, mientras observaba su figura aún, fija. Desafortunado.

Se detuvo justo antes de pensar en la palabra peligrosa.

Era una exageración, pero permanecía obstinadamente en el umbral de su mente. Por un momento, el maestro Arlade había mostrado interés en el pequeño hechicero de aquel lugar frío y sin importancia. Y aunque ese momento terrorífico pasó rápidamente, Zevnie vio algo en el niño que aún le inquietaba.

¿Qué?

No lo sabía.

Kalen parecía un niño común de un pueblo atrasado. Uno que, evidentemente, se había vuelto arrogante por tener un poco de poder que apenas sabía cómo usar. Zevnie no había visto hacer nada impresionante con su magia. Incluso había quedado sorprendida por su rapidez con el círculo de calor, lo cual era extraño, pero no preocupante.

Pero había algo...

No podía identificarlo.

Zevnie había estado provocando deliberadamente al niño cuando le preguntó si tenía ocho años. En realidad, pensaba que era más cercano a su propia edad, aunque era difícil precisar por qué, con toda evidencia en contra. Con rizos dorados oscuros, ojos marrones grandes y una expresión que oscilaba entre de mal humor y triste, Kalen tenía un aspecto un poco infantil.

Incluso había actuado de manera infantil. Por un breve momento. Zevnie sin duda había visto una lágrima deslizarse por su mejilla cuando le acusó de ser cruel.

¿Fue eso intencional? Pensó que podría haber sido así.

No se correspondía consigo mismo, decidió. Su apariencia decía una cosa. Su boca, otra. Sus acciones, una tercera.

Y el patrón de ese círculo de calor... Zevnie no podía dejar de admirarlo.

Era sencillo y anticuado, pero la pintura había sido aplicada con tanta meticulosidad que ningún trazo sobraba. Ni siquiera una gota fuera de las líneas. Le recordaba a los elegantes arreglos de su abuela.

¿Qué tipo de bebé trabajaba con tanta precisión? Y, en realidad, ¿qué tipo de niño de diez años podía hacerlo?

El peligroso, sin duda.

Zevnie suspiró. El maestro Arlade odiaba esa parte de ella: la sospechosa, la codiciosa que no aceptaba competencia. Pero no desaparecería solo porque un extraño la odiara. Zevnie misma apreciaba la cautela que eso le otorgaba... y el recordatorio de que no podía ser descuidada en el vasto mundo más allá de su casa en Makeeran.

Se negó a dar nada por sentado. Pero se obligó a girar para no clavarle un mirada asesina en el centro de la frente a Kalen.

No podía causar problemas aquí. No cuando su maestro planeaba quedarse todavía algunas semanas. Quizá más, ya que esas personas ansiaban un embarazo milagroso.

Eso, en sí mismo, era extraño.

¿Tal vez pensaban que su maestra era una sanadora? Arlade Glimont no era conocida por ello. En algunas partes del mundo, su reputación era todo lo contrario. Pero Zevnie se sorprendió al ver que había traído tantos regalos, principalmente pociones curativas, para estos isleños. Quizá era un malentendido natural si en el pasado lo había hecho.

No era que no pudiera curar heridas menores. Arlade tenía un conocimiento casi inigualable del cuerpo humano, así que tal vez podría darles lo que buscaban. Y, claro, lo intentaría, siempre que no fuera demasiado molesto.

La maestra de Zevnie guardaba un sorprendente cariño por aquellos que no practicaban la magia, especialmente por gente como esta, tan alejada del mundo mágico que no entendían nada.

Así que se quedarían un tiempo. Y Zevnie tendría que hacerse amiga de Kalen, hijo de Jorn. Se pegaría a él como miel de diablo, sin importar cuánto protestara, chillara o la acusara de ser cruel.

Era la única manera de estar segura. Y sentirse segura era la única forma en que Zevnie lograría sus metas.

Revision #1

Created 6 May 2026 04:48:45 by Alice Johnson

Updated 6 May 2026 04:48:48 by Alice Johnson